

trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era. Regocijan aquel dia con bailes y cantares y colacion.

Era general costumbre no dar leche las madres á sus hijos el primer dia todo entero que nacieran, porque con la hambre tomasen después la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras habia que doce. Las cunas son de cañas ó palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. Tambien se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo, y que se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan camino, y les dan la teta por el hombro; huyen de empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo; que mal contado les era lo contrario haciendo.

En algunas partes zabullen los niños en albercas ó fuentes ó ríos ó en tinajas el primer dia que nacen, por les endurecer el cuero y carne, ó quizá por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varon, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso ó una lanzadera, denotando que se habian de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete dias, y en otros á los diez que nacieron; y allí ponian al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. A la mujer ponian una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer. En este lavatorio les ponian nombre, no como querian, sino el del mismo dia en que nacieron; y dende á tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenia la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas ceremonias, y declaraba las gracias y virtudes del idolo cuyo nombre les ponía, pronosticándoles buenos hados. Comian estos tales dias muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salía borracho. Sin estos nombres de los dias siete y sesenta, tomaban algunos señores otro, como era de Tecuilli y Pilli; mas esto acontecia raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres. Azótanlos con hortigas, dánles humo á narices, estando colgados de los piés; atan á las mochachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarlos deste vicio ordenó Quetzalcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó á muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; porque, preguntados dónde había oro y sepulturas ricas, decían que en tal y tal cabo; y como no se hallase por mas que cavaban, descoyuntábanlos á tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostralles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban á los templos sus hijos como habian cinco años, y á esta causa habia tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte

dije. Allí habia un maestro para doctrinallos; tenia esta congregacion de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenia sus estatutos, como decir, ayunar tantos dias de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.

Encerramiento de mujeres.

A las espaldas de los templos grandes de cada ciudad habia una muy gran sala y aposento por sí, donde comian, dormían y hacían su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenían puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenían las que dormían en casas de los dioses; pero ninguna de ellas entraba para estar allí toda su vida, aunque habia entrelas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometían de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres, ó mas tiempo, y después casábanse. Lo primero que hacían luego en entrando era tresquilarse, á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mismo templo traían cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo; que las gradas y capillas altas los ministros las barrián. Tenían sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacer al diablo; iban las fiestas solemnes, ó siendo menester, en procesion con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subían las gradas ni cantaban; vivían de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofreciesen á los ídolos, ca siempre se ofrecía así porque subiese el olor y vabo en alto, y gustasen los dioses; comían en comunidad, y dormían juntas en una sala, como monjas, ó por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse mas presto á servir los dioses y á trabajar; aunque no sé qué se habian de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, segun el dia. La que hablaba ó se reía con algun hombre seglar ó religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenían que se les habian de podrir las carnes á las que perdían allí su virginidad, y por el miedo del castigo é infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacían aquel mal recado de su persona, hacían grandísima penitencia y permanecían en la religion.

De las muchas mujeres.

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros con treinta, quién con ciento, quién con ciento y cincuenta, y tal rey habia que con muchas mas. Por do no es de maravillar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mismo padre, pero no de madre, y así Nezaualcóyotl y su padre Nezaualcóyotl,

que fueron señores de Tezcucó, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas. Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomís y pinoles, que no toman mas de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque también es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, á fuer de Méjico. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden á los padres, y esto en dos maneras, ó para mujeres, ó por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputacion y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan mas que otros, los hombres de guerra, los de palacio, los holgazanes y tahures; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantengan y jueguen; casan ellos á los veinte años y aun antes, y ellas á diez. No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezaualcóyotl, señor de Tezcucó, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacan tomaban por mujer á la suegra, estando casados primero con la hija, y desta manera tenían á hija y á madre. Aunque toman muchas mujeres, á unas tienen por legítimas, á otras por amigas, y á otras por mancebas. Amiga llaman á la que después de casados demandaban, y manceba á la que ellos se tomaban. Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de Méjico, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

Los ritos del matrimonio.

Siempre va la mujer á velarse á casa del marido, y ordinariamente va á pié, aunque en algunas partes traían la novia á cuestras, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale á recibirla al umbral de la puerta el desposado, é inciénsala con un braserillo de ascuas y resina olorosa; danle á ella otro, y sahúmale también á él; tómala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos á dos junto al fuego en una estera nueva; llegan entonces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra. Estando así atados, da el novio á la novia unos vestidos de mujer, y ella á él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer á la esposa de su mano, y también la desposada da de comer al desposado. Entre tanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habian honrado, y no mucho después cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebían de tal suerte, que cuando venía la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquellos novios, y casi no comen en los cuatro dias primeros;

que todo su hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consumen matrimonio en todo aquel tiempo, ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, ó para el oratorio de casa, á sahumar los ídolos; creían que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que habia de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entonces, y cuando visitaban los altares, se vestían de la divisa del dios de las bodas. A la cuarta noche venían ciertos sacerdotes ancianos, y hacían la cama á los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponían en medio dellas unas plumas, una piedra chalchihuitl, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendían luego encima de todo ello las mejores mantas de algodón que habia en casa, ponían asimismo á las esquinas de la cama hojas de cañas y puas de metl, decían ciertas palabras, é ibanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro dia luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenia, y la sangre que el novio habia sacado á la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, á ofrecer al templo; volvían los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno dellos con la mano cuatro veces agua, á manera de bendicion, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro á reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestían tras esto los novios de ropa nueva ó limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponían á la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y piés pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebían mejor que la otra vez; no hacían estas ceremonias los pobres ni esclavos; pero hacían algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre ó padre de la amancebada requerían al que la tenía se casase con ella, pues tenia hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca mas á ella tornaba.

En Tlaxcallan y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozanía de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacan es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues paresce que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestras al desposado cuando se casa, como quien dice: «Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos.» Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Atanles asimismo las mantas con un gran ñudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecos no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consumen matrimonio en aquellos veinte dias; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los

cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divorcio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacan se podían apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso. La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémalo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdona su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebías públicas.

Costumbres de los hombres.

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rellechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Píntanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargates, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, ayudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. Toman muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puedenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrean mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pendencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden á daga y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, ó por no ser ellos codiciosos. Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así,

han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los mas sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremancera, aunque cruelmente, segun luego diremos. Danse muy mucho á la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüeran mucho y á menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

Costumbres de las mujeres.

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crian largo el cabello, hácelo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean á la cabeza con ñudo á la frente; las vírgines y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche á sus hijos por las espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tezonzapótl ó mamei, aunque mas lo hacen para no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas á otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, recias cabezas tienen, á causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños frios en saliendo de baños calientes, que parece dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan á sus maridos en las danzas, si no se lo manda el Rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuercen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilan aprieta y no mal.

De la vivienda.

Viven muchos casados en una casa, ó por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las herencias, ó por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. Pican, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y mas fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. También tienen hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclados con oro ó plata ó estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y con palo hacen navajas de azabache y de otra mas dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos de algodón con muchas figuras y colores de pluma, que es lo mas rico y vistoso, y esteras de palma sotilísimas, que es lo comun. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto á los adúlteros y ladrones. Alumbrense con tea y otros palos, teniendo cera; que no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos agorra las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden

con aceite. Sacan aceites de chiya y otras cosas, para pinturas y medicinas, y saín de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas ó esteras, ó cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza á un palo ó piedra, ó cuando mas, á un tajoneillo de hoja de palmas, en que también se sientan. Tienen unas silletas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comunmente se asientan en tierra. Comen en el suelo y suciamente, ca se limpian á los vestidos, y aun agora parten los huevos en un cabello, que se arrancan, diciendo que así lo hacían antes, y que les basta. Comen poca carne, ereo que por tener poca, pues comen bien tocino y puero fresco. No quieren carnero ni cabron, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mismos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad, otros que por gula, otros que por limpieza, creyendo ser mas limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda yerba que mal no les huele; y así, saben mucho en ellas para medicinas; que sus curas simples son. Su principal mantenimiento es centli y chilli, su bebida ordinaria agua ó atulli.

De los vinos y borrachez.

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes, y es de maravillar que habiendo cepas con uvas, y siendo ellos tan amigos de beber mas que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino dellas. La mejor, mas delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces le mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, antes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase atulli, y es muy comun bebrage en cada parte, y lo mesmo es de todas las otras sus semillas; pero no emborracha si no lo cuecen ó confeccionan con algunas yerbas ó raíces. En las comidas ordinarias contentáanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentacion de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeñe y desatinen; y entonces mezclan ciertas yerbas que, ó con su mal zumo ó con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martín, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir, y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman teunacath, ó carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel ó su comun vino, y en chico rato quedan fuera de sentido; ca se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que los espantan. Parésceles que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, ó ahórcanse. Cuecen también ajenos con agua y harina de chiyan, que es como zaragatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que les amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado metl, cocido con ocpatlí, que es una raíz á quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentil-

mente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino. A los que se emborrachan fuera de las fiestas públicas y convites que hacían, con licencia del señor ó jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razon. Bebian para enloquecer, y locos, matábanse ó mataban á otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin diferencia, y para tanto mal chica pena era. También se toman de vino después que son cristianos, ca les sabe mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, á que tanto se dan, los hacían por justicia esclavos, y los vendían á cuatro ó cinco reales por un mes.

De los esclavos.

Quiero contar la manera que mejicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cativos en guerra no servían de esclavos, sino de sacrificados, y no hacían mas de comer para ser comidos. Los padres podían vender por esclavos á sus hijos, y cada hombre y mujer á sí mesmo. Cuando alguno se vendía, había de pasar la venta delante á lo menos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa ó gallinas era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado á la persona á quien primero hurtó. Si después de esclavo tornaba á hurtar, ó lo ahorcaban ó lo sacrificaban.

El hombre que vendía al libre por esclavo, era dado por esclavo á quien él quería vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos á los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormía con esclava y la empreñaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecía casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debía ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonra del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendían, y los tahures se jugaban; pero no iban á servir hasta ser pasado un año de como hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de balde si no las querían pagar, se vendían por esclavas por traerse bien, ó cuando ninguno las quería, por viejas ó feas ó enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendían ó empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podían sacar aquel dando otro hijo, y aun había linajes encensados á substentar un esclavo; pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moría con deudas, tomaba el acreedor, si no había hacienda, al hijo ó á la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condicion, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres á sí mesmos, y los padres á los hijos.

Ningun hijo del esclavo ni esclava, que es mucho mas, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podía vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa, y licencia de

la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzon, que ceñía la garganta y salía al colodri- llo, con unas puntas tan largas, que sobrepujaban la ca- beza, ó que no se las pudiese desatar el argollado. A estos esclavos de argolla podían sacrificar, y á los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si po- dian acogerse á palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podían estorbar sino los amos ó sus hijos; que si otros los detenían, tenían pena de ser es- clavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podía tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redemían; aunque pocos se rescata- ban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenían los amos.

De los jueces y leyes.

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y no- bles; tienen renta y lugares, que son propios de la justicia; determinan las causas sentados. Las apelacio- nes iban á otros dos jueces mayores, que llaman tecuit- lato, y que siempre solían ser parientes del señor, y es- tán con él, y llevan ración de su despensa y plato. Con- sultan con los señores cada mes una vez todos los ne- gocios, y en cada ochenta días vienen los jueces de la provincia á comunicar con los de la ciudad y con el rey ó señor los casos arduos y cosas ocurrientes, para que proveyese y mandase lo que mas convenia. Había pin- tores, como escribanos, que notaban los puntos y tér- minos del litigio; pero ningun pleito dicen que pasaba de ochenta días. Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar á juicio, y su traje mantas pintadas, que de lejos se conociesen. Los recaudadores del pecho y tributos traían ventallas, y en algunas par- tes unas varas cortas y gordas. Las cárceles eran bajas, húmedas y oscuras, para que temiesen de entrar allí. Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra, y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es co- mo decir que dirán verdad con la lengua por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: «Si no dijé- mos verdad, lleguemos á tal extremo que comamos tierra.» Algunas veces nombran, cuando así juran, el dios del crimen y cosa sobre que es el pleito ó negocio que se trata. Tresquilan al juez que cohecha ó toma presentes, y quitanle el cargo, que era grandísima men- gua. Cuentan de Nezauapilcintli que aborció en Tezcu- co un juez por una injusta sentencia que dió, sabiendo lo contrario, y hizo ver á otros el pleito.

Matan al matador sin excepcion ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moría por ello: era este un vicio muy comun entre las mujeres que sus hijos no habían de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladrón era esclavo por el primer hurto, y ahorca- do por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al Rey ó república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía á otro, sino estando en la guerra, tie- ne pena de muerte.

En Tezcucó, según algunos dicen, mataban á los pu-

tos. Debieron establecer esta pena Nezauapilcintli y Nezaualcóyo, que fueron justicieros, y libres de aquel pecado; y tanto mas son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía, como en Pánuco.

De las guerras.

Los reyes de Méjico tenían continua guerra con los de Tlaxcallan, Pánuco, Michuacan, Teoantepec y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar á los dioses y cebar á los soldados; pero la causa mas cierta era porque ni les querían obedecer, ni recibir sus dioses; ca el estilo por do crecieron tanto los mejicanos en señorío fué por dar á otros sus dioses y religion, y si no los recibían rogán- doles con ellos, dábanles guerra hasta subjectarlos y introducir su religion y ritos. Movían tambien guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pe- ro no la hacían sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivían mas que los hombres, se acordaban de có- mo se habían hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el Rey mensajeros á los enemi- gos á pedir las cosas robadas, y tomar alguna satisfac- cion de los muertos, ó requerir que pusiesen entre sus dioses al de Méjico, y tambien porque no dijese que los tomaban desapercibidos y á traicion. Entonces los enemigos, que se sentían poderosos á resistir, respon- dian que aguardarian en el campo con las armas en mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejue- los de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y en- viábanse las, y demandaban perdon, y á Vitclopuchtli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban á los que hacían esto por amigos, y poníanles algunos tributos; á los que se defendían, si los vencían, tenían por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros. Al soldado que revelaba lo que su señor ó ca- pítan quería hacer, castigaban como á traidor, y crude- lissimamente; ca le cortaban entrambos bezos, las na- rices, las orejas, las manos por junto al cobdo, y los piés por los tobillos; en fin, lo mataban y repartían por barrios, ó por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese á noticia de todos; y hacían esclavos á los hijos y parientes, y á los que habían sido sabidores de la traicion. No bebían vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacían de cacao, maíz y semillas. Emplazábanse los unos enemigos á los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre términos. Llamaban quiahtlale al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y es como sagrado. Juntas las huestes, ha- cía señal el rey de Méjico de arremeter al enemigo, con un caracol que suena como corneta; el señor de Tez- cuco con un atabajejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chillan mucho como caramillos; al recoger hacían otro tanto. Si el es- tandarte real caía en tierra, todos huían. Los tlaxcalte- cas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenían por muy cierto que vencerían la batalla, y si no, creían que les iría muy mal; aunque, como eran valien- tes, no dejaban de pelear. Tenían como por reliquias

unas dos flechas que diz que fueron de los primeros po- bladores de aquella ciudad, que habían sido hombres victoriosos. Lléganlas siempre á la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas ó con la una á los enemi- gos para tomar agüero, ó para encender los suyos á la batalla; unos dicen que las echaban con trailla, por- que no se perdiese; otros que sin ella, para que su gen- te, en arremetiendo luego, no diese vagar á los contra- rios que la tomasen y quebrasen. Daban gritos, que los ponían en el cielo cuando acometían; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponían espanto á quien no estaba hecho á semejante vocería. Los de tierra de Teoacac de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traían fiadas al brazo las espadas; huían para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; antes querían calivar que matar enemigos; jamás soltaban á ninguno, ni tampoco lo rescataban, aunque fuese capi- tán. El que prendía señor ó capitán contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba ó daba á otro el cativo que prendía en batalla, moría por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba ó quitaba por fuerza algun preso en guerra, moría tambien, porque robaban cosa sagrada y la hon- ra, y, como ellos dicen, el esfuerzo ajeno. Mataban á los que hurtaban las armas del señor y capitán gene- ral ó los atavíos de guerra; porque lo tenían por señal de ser vencidos. No querían, ó no podían, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos rí- cos, ni ponerse collares ni joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía ó hazaña en la guerra, muerto ó prendido algun enemigo. Saludaban primero al cativo que á quien le cativó, y toda la tierra le daba el para- bien al tal caballero, como si trunfara. Dende en ade- lante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color ó pintadas; poníase en la cabeza rícos y vistosos plumajes, atados á los cabellos de la coronilla con cor- reas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.

De los sacerdotes.

A los sacerdotes de Méjico y toda esta tierra llama- ron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos llamacazque se dicen los sacerdotes, ó tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su perlado, acbcauhltli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los mis- terios de su religion á boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren á legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la digni- dad, y que son muy notados y castigados si llegan á mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás lo cortar ni peinar ni lavar, á cuya causa te- nían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacían esto eran santones; que los otros lavá- banse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy á menudo; y así, aunque traían los cabellos muy lar- gos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una man- ta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los

días festivos, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parecían dia- blos. Había en el templo de Vitclopuchtli de Méjico cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, se- gun en otra parte dije; pero no todos llegaban á los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenían para hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los mas de tierra; unos para incensar las esta- tuas, y otros en que tener lumbre; la cual nunca se había de matar, ca era ruin señal morir, y castigaban reciamente á los que tenían cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos días había de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. Tambien incensaban con los braseros á los señores; que así hicieron á Cortés y á los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incen- saban asimesmo los novios, los consagrados, las ofren- das, y otras mil cosas. Perfuman los ídolos con yerbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo co- mun es el que llaman copalli, el cual parece incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que lla- man xolochcopalli; en Méjico está muy blando, en tier- ra fria estaría duro; quiere nacer en tierras calien- tes, y gastarse en frias. El otro es una goma de Copalquahuitlan, buena, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y des- tilla gota á gota un licor blanco que luego se cuaja, y dello hacen unos panecillos como de jabon que se tras- lucen; este era su perfecto olor en sacrificios, y pre- ciada ofrenda de dioses. Desta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen della sus pelotas. Tienen lancetas de aza- bache negro, y unas navajas de á jeme, hechas como puñal, mas gordas en medio que á los filos, con que se jasan y sangran de la lengua, brazos, piernas, y de lo que tienen en devoción ó voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la misma suer- te y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bion y dul- cemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. Destas nava- jas hay infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas. Tienen asimesmo los sacerdotes puas de metl, con que se pican; y para tomar la sangre que se sacan, tienen papel, hojas de caña y metl; tienen pajuelas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos, y otros miem- bros que no son para decir. Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajón, hincada en el suelo y alta una vara de me- dir; sobre la cual recuestan á los que han de ser sa- crificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que lla- man ellos tecpactli; con estos cuchillos abren los hom- bres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Pa- ra coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de plu- ma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajón tienen escobas de plumas, y el que barre